

Don de entendimiento (1) Alejandro Ferreirós

Los dones de entendimiento y ciencia, perfeccionan, con la acción del Espíritu Santo, la virtud teologal de la Fe. Trataremos en este artículo sobre la virtud de la Fe y en los siguientes, su relación con los dones del Espíritu Santo.

Una fe viva.

“San Francisco, a demás de poseer ese sentido cristiano de la vida, que da una facilidad natural para acatar cuanto Dios ha revelado y para captar de manera espontánea lo que es o no ortodoxo, vivía de fe, nutría esa iluminante virtud, “luz deífica”, que deja ver a Dios en todo: en los acontecimientos prósperos y adversos, en las circunstancias fáciles y difíciles, en lo agradable y desagradable, lanzando al hombre a mecerse confiado en los brazos de la Providencia amorosa en un abandono total a la voluntad santísima de Dios” (J. Sanchis).

1- Nos enseña el Catecismo de la Iglesia Católica: “La fe es la virtud teologal por la que creemos en Dios y en todo lo que El nos ha dicho y revelado, y que la Santa Iglesia nos propone, porque El es la verdad misma. Por la fe “el hombre se entrega entera y libremente a Dios”. Por eso el creyente se esfuerza por conocer y hacer la voluntad de Dios. “El justo vivirá por la fe” (Rm 1,17). La fe viva “actúa por la caridad” (Gal 5,6). (1814)

El don de la fe permanece en el que no ha pecado contra ella. Pero, “la fe sin obras está muerta”(St 2,26): privada de la esperanza y de la caridad, la fe no une plenamente el fiel a Cristo ni hace de él un miembro vivo de su Cuerpo. (1815)

El discípulo de Cristo no debe sólo guardar la fe y vivir de ella sino también profesarla, testimoniarla con firmeza y difundirla: “Todos vivan preparados para confesar a Cristo delante de los hombres y a seguirle por el camino de la cruz en medio de las persecuciones que nunca faltan a la Iglesia”. El servicio y el testimonio de la fe son requeridos para la salvación: “Todo aquel que se declare por mí ante los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los cielos; pero a quien me niegue ante los hombres, le negaré yo también ante mi Padre que está en los cielos” (Mt 10,32 - 33). (1816).”

Quando Dios nos revela su vida íntima y los grandes misterios de la gracia y la gloria, nos hace ver las cosas desde su punto de vista divino, tal como las ve Él. Nos hace percibir lo que jamás habría podido percibir ninguna inteligencia humana ni angélica.

El asentimiento a las verdades de fe es certísimo y firmísimo y se fundamenta en la autoridad de Dios que revela. Pero como las verdades de fe permanecen oscuras tiene que intervenir la voluntad, movida por la gracia, para imponer al entendimiento ese asentimiento firme basado en que Dios no puede engañarnos. En este sentido el acto de fe es libre, sobrenatural y meritorio.

La fe, de suyo es incompatible con la visión intelectual o sensible. Es la certeza de las realidades que no se ven.

La fe es la primera de las virtudes cristianas y el fundamento de todas las demás.

Dice el Concilio de Trento que la Fe es al comienzo, fundamento y raíz de la justificación y que sin ella es imposible agradar a Dios y llegar a ser hijo suyo. Es el comienzo porque establece el primer contacto entre nosotros y Dios, lo primero es creer en Él. Fundamento pues sin la fe es imposible esperar o amar. Y raíz porque de ella arrancan todas las demás.

La Fe informada por la Caridad produce dos efectos: un temor filial hacia Dios que nos ayuda a apartarnos del pecado y la purificación del corazón, elevándolo hacia lo alto.

Hay distintas formas de fe ya sea que se la contemple por parte del sujeto que cree (fe subjetiva) o de las verdades que se cree (fe objetiva).

a) **Fe divina:** creemos lo que ha sido revelado por Dios, **Fe católica:** lo que la Iglesia nos enseña como divinamente revelado.

b) **Fe habitual:** infundida por Dios en el bautismo; **fe actual:** al acto por el que se cree en un determinado momento.

c) **Fe formada** (o viva), la que va unida a la Caridad, y **fe informe** (o muerta) que es la que está separada de la caridad en un creyente en pecado mortal.

d) **Fe explícita**, por la que se cree tal o cual misterio revelado; **fe implícita**, que cree todo lo revelado por Dios aunque se lo ignore en detalle.

e) **Fe interna**, la que permanece en el interior de nuestra alma, **fe externa**, la que se manifiesta exteriormente con gestos o signos.

Desde el punto de vista objetivo la fe se divide en:

a) **Fe católica**, las verdades reveladas propuestas por Dios a todos los hombres para obtener la vida eterna (lo contenido en la Escritura y la Tradición); **fe privada**, las verdades que Dios manifiesta a alguna persona determinada.

b) **Fe definida**, las verdades que la Iglesia propone explícitamente bajo pecado de herejía (dogmas) **fe definible**, verdades que no han sido definidas como dogmas pero podrían serlo.

c) **La necesaria con necesidad de medio**, cuya ignorancia impide la salvación del alma y la **fe necesaria con necesidad de precepto**, si la ignorancia de estas verdades no compromete la salvación.

Pecados contra la fe

Según Santo Tomás los pecados contra la Fe son: la **infidelidad**, que cuando es voluntario es el mayor de los pecados después del odio a Dios; **la herejía**, que es la negación de algún dogma particular; **la apostasía**, que es el abandono de la fe recibida en el bautismo; **la blasfemia y la ceguera de corazón o embotamiento de los sentidos** que proceden sobre todo de los pecados de la carne.

El proceso de la fe

La fe no es solamente el conjunto de verdades que debo creer (fe objetiva) sino también mi participación concreta, el modo, la mayor prontitud, confianza o devoción con la que creo. Pero, ¿cómo puede un cristiano intensificar su fe a lo largo de su vida? Seguimos la doctrina de Santo Tomás que nos da unas sugerencias interesantes.

1- Los principiantes.

A semejanza de lo que ocurre con la caridad incipiente, el principal cuidado de los principiantes con relación a su fe tiene que ser nutirla y fomentarla para que no se pierda o corrompa. Para ello:

a) Convencidos, ante todo, de que la fe es un don de Dios completamente gratuito que nadie puede merecer, pedirán al Señor en oración ferviente que les conserve siempre en sus almas esa luz divina que nos enseña el camino del cielo en medio de las tinieblas de nuestra ignorancia. Su jaculatoria favorita, repetida muchas veces al día con fervor, ha de ser la del Evangelio “Creo, Señor, pero aumenta mi poca fe” (Mc 9,23).

b) Rechazarán enérgicamente todo lo que pueda ser un peligro contra la fe: 1) las sugerencias diabólicas (dudas, tentaciones contra la fe, etc) que combatirán indirectamente (distrayéndose, pensando en otra cosa) nunca directamente, discutiendo con la tentación, ya que esto aumentará la confusión. 2) las lecturas peligrosas o imprudentes que tratan con criterio anticristiano o mundano las cosas de la fe. 3) la soberbia intelectual, que es el obstáculo más grande para el don de la fe o lleva a la pérdida de los que la tienen. Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes (Jn 4,6; 1Pe 5,5).

c) Procurarán extender y aumentar el conocimiento de su fe con la lectura y el estudio incrementando su cultura religiosa.

d) En cuanto al crecimiento de la fe subjetiva lo fomentarán repitiendo los actos de fe con frecuencia los actos de fe y practicando las reglas para sentir con la Iglesia de San Ignacio en sus ejercicios espirituales.

2- Los adelantados

Se preocuparán del incremento de esta virtud hasta conseguir que toda su vida esté informada por un auténtico espíritu de Fe, que las coloque en un plano sobrenatural desde el que vean y juzguen todas las cosas.

a) Tenemos que ver a Dios a través del prisma de la fe sin tener en cuenta nuestros sentimientos más allá de los vaivenes de consolaciones o desolaciones.

b) Procurar que nuestras ideas sobre los valores de las cosas coincidan con las enseñanzas de la fe. Estar íntimamente convencidos de que en orden a la salvación es mejor la pobreza, la mansedumbre, las lágrimas del arrepentimiento, el hambre y sed de perfección, la misericordia, la limpieza de corazón, la paz y el padecer persecución que las riquezas, la violencia, las risas, la venganza, los placeres de la carne y el dominio del mundo.

Hemos de ver y enjuiciar todas las cosas desde el punto de vista de Dios, renunciando a los criterios mundanos incluso a los puntos de vista pura y simplemente humanos. “Esta es la victoria que ha vencido al mundo: nuestra Fe” (1Jn 5,4).

c) Este espíritu de fe vivido intensamente será una fuente de consuelos en los dolores y enfermedades corporales, en las amarguras y pruebas del alma, en la ingratitud o malquerencia de los hombres, en las pérdidas dolorosas de familiares y amigos.

Una fe débil

Para el Cardenal Ratzinger, actual Benedicto XVI, la crisis que atraviesa la Iglesia es una Fe débil a la que hay que responder con conversión y una enseñanza moral clara. Tomamos algunos ejemplos de su libro “Fe, verdad, tolerancia - El cristianismo y las religiones del mundo”:

La diferencia cristiana

El cristianismo, ¿no es en el fondo una religión como cualquier otra? ¿No es más que una visión de Dios a la europea? Recordando que el cristianismo no nació en Europa, ni está ligado exclusivamente a Europa, el cardenal comienza demostrando cómo en realidad el cristianismo se diferencia radicalmente del resto de las religiones. De hecho, aclara que no todas las religiones son iguales (ni mucho menos). En el fondo, esta afirmación surge de la ignorancia de quien desconoce de la manera más elemental qué era la religión de los antiguos aztecas, el voodoo, el budismo, el hinduismo, o las religiones monoteístas.

En el monoteísmo (en particular el judaísmo y el cristianismo) –demuestra–, Dios aparece como persona, en contraposición a las religiones asiáticas (místicas), en las que se anula la diferencia entre los seres. En el monoteísmo el fundamento es el tú de Dios y el yo de la criatura, que crea una relación personal, única e irrepetible. En las primeras, el único camino posible es el de la búsqueda interior, el de los iniciados. En el segundo, Dios se revela. En las primeras, sólo los iniciados alcanzan la experiencia de lo divino. El resto reciben la religión de segunda mano. En el judaísmo y el cristianismo el encuentro con Dios es de primera mano.

«Para la fe cristiana –concluye–, la historia de las religiones no es el cíclico retorno de lo que siempre es igual, de lo que nunca llega a la verdad, que permanece fuera de la Historia. Quien es cristiano considera que la historia de las religiones es una historia real, una senda cuya dirección significa progreso, y cuyo camino significa esperanza. Éste debe desempeñar su servicio como quien espera, sabe imperturbablemente que el final de la Historia, si bien está atravesado por todos los fracasos y contiendas de los hombres, se realiza».

Pluralismo religioso

Si no todas las religiones son iguales, entonces surge la pregunta: ¿cuál es la relación entre el cristianismo y el resto de las religiones con las que convive? Tres respuestas se han dado a este interrogante, como recoge Ratzinger.

Ante todo, destaca el **exclusivismo**, según el cual sólo la fe cristiana puede salvar: las religiones no serían caminos de salvación. Ahora bien –aclara Ratzinger–, exponentes de esta respuesta distinguen entre religión y fe, y conciben únicamente el cristianismo como fe, dejando a un lado la religión, es decir, las manifestaciones externas de la relación con Dios. «Desde mi punto de vista –explica en el libro–, el concepto de un cristianismo sin religión es contradictorio e irreal. La fe debe expresarse también como religión y en la religión, aunque obviamente no puede quedar reducida a ésta».

Otra respuesta para explicar la relación entre el cristianismo y las religiones es el **inclusivismo**, según el cual el cristianismo estaría presente en todas las religiones, o viceversa, todas las religiones, sin saberlo, estarían orientadas hacia el mismo. Según esta visión, Cristo es el único salvador. Ahora bien, reconoce en las religiones un valor de salvación, en la medida en que es tomado en préstamo de Cristo. Esta visión justifica la misión, aunque de manera menos radical que la primera, pues Cristo sería quien purifica las religiones y las lleva a alcanzar su más íntima

aspiración.

Por último, se da la **respuesta pluralista**, sumamente actual, según la cual la diversidad de religiones ha sido querida por el mismo Dios. Todos son caminos de salvación, aunque ciertamente el de Cristo desempeña un papel privilegiado (no exclusivo).

Ratzinger considera que estas respuestas a la pregunta por la relación entre cristianismo y religiones constituyen un camino equivocado. En realidad –explica–, se basan en una comprensión superficial de las religiones, «que en realidad no conducen ni mucho menos al hombre hacia la misma dirección y que, incluso en sí mismas, no son uniformes». Pone, como ejemplo, el Islam, en el que conviven «formas destructivas y otras en las que nos parece reconocer una cierta cercanía al misterio de Cristo». Además, «¿debemos encontrar una teoría sobre el modo en que Dios salva sin dañar la unicidad de Cristo?», pregunta. **El hombre, «¿no debe ponerse en búsqueda, empeñarse por tener una conciencia purificada y de este modo acercarse –¡al menos esto!– a las formas más puras de religión?»**

El dogma del relativismo

En el nuevo mundo sin dogmas, **hay un dogma que se impone, el del relativismo, según el cual todas las opiniones son verdaderas (aunque sean contrapuestas) y, por tanto, todas las religiones son verdaderas (o lo que es lo mismo, si se es lógico, todas son falsas).** «Este relativismo, que hoy, como sentimiento fundamental de la persona iluminada se extiende ampliamente incluso dentro de la teología, es el problema más grande de nuestra época», considera Ratzinger. Desde esta perspectiva, la época moderna sería la del fin de las religiones.

«Las religiones, en un mundo históricamente en movimiento, no pueden quedarse simplemente como eran o son. **La fe cristiana lleva consigo la herencia de las religiones y, al mismo tiempo, la abre al Logos. La auténtica razón podría conferirle a su más profunda naturaleza una nueva consistencia y, al mismo tiempo, hacer posible esa auténtica síntesis entre racionalidad técnica y religión, que puede lograrse no huyendo en lo irracional, sino sólo a través de la apertura de la razón en toda su auténtica extensión».**

Aquí se encuentran «las grandes tareas del momento histórico presente. Sin duda, la misión cristiana debe comprender las religiones y acogerlas de manera más profunda de lo que ha hecho hasta ahora, pero las religiones, para que siga viviendo lo mejor de ellas, tienen necesidad a su vez de reconocer su carácter de Adviento, que les refiere a Cristo. En este sentido, si seguimos las huellas interculturales en la búsqueda de la verdad, una y común, tendrá lugar algo inesperado».

Esto –explica– ilustra mejor el desafío lanzado por Juan Pablo II en su encíclica *Fides et ratio*. El cardenal explica que sin teología y metafísica, el pensamiento se ha hecho «no sólo más libre, sino también más restringido», es más, habla de «**abobamiento por incredulidad o falta de fe**». Y afirma: «**En el momento en que la razón se ha alejado de las cuestiones últimas, se ha hecho indiferente y aburrida, se ha convertido en incapaz de afrontar las cuestiones vitales del bien y del mal, de la muerte y la inmortalidad**».